

Luciano Nosetto, Tomás Wiecezorek (Eds.). (2020). *Métodos de teoría política: un manual*. Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 184 pp.

Los editores Luciano Nosetto y Tomás Wiecezorek nos presentan *Métodos de teoría política: un manual* (2020). Es un volumen colectivo que surge del corazón del área de Teoría Política del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y de la pregunta más genuina que cualquier investigador de esta disciplina se puede hacer: ¿cómo leemos? ¿qué leemos? Y aún más, ¿es este acto legítimo para mi práctica de conocimiento? Al fin de cuentas, qué es lo que sucede cuando –como señalan en las “Instrucciones de uso” que abren el libro– la teoría es tanto sujeto como a su vez objeto. Cuando nos pensábamos huérfanos al no encajar ni con la metodología cualitativa ni con la cuantitativa correspondientes a las ciencias sociales empíricas clásicas, este libro nos presenta así diversas posibilidades metodológicas. Ahora bien, lo interesante de esta propuesta es, además de saldar una deuda para con la disciplina, que evita cualquier carácter prescriptivo: si lo político se trata justamente de algo inclausurable, plural, no es posible hablar de un método correcto o auténtico. Ocho son las vías metodológicas (no excluyentes entre sí) que nos proponen las/los autores para un abordaje de lo político: historia de las ideas, historia intelectual, historia conceptual, hermenéutica, comprensión del acontecimiento, deconstrucción, arqueología/genealogía y teoría crítica. A su vez, cada capítulo contiene una presentación de la historia del enfoque y su presente, propuesta y precauciones de método, y, no menor, pasa revista de ejemplos de uso clásicos y actuales. Para enfatizar con el aspecto manual y pedagógico del libro, cierra con un cuadro anexo, que, si había quedado alguna duda, quedará así seguramente despejada.

En primer lugar, Franco Castorina y Tomás Wiecezorek nos presentan la historia de las ideas. La misma, nos indican los autores, se basa en la noción de que existen tradiciones fundamentales de pensamiento político que atraviesan todas las épocas, desde la Grecia clásica hasta el hoy. Para esta escuela, hay problemas políticos que son perennes y es esta cualidad transhistórica la que les da su actualidad. El capítulo recorre las distintas escuelas y sus anclajes geográficos desde mediados del siglo XIX y luego especifica tres cuestiones metodológicas fundamentales. La primera se refiere al objeto de estudio: cuáles son estas ideas y problemas políticos que se repiten a lo largo de la historia en las tradiciones de pensamiento. La segunda, qué se entiende específicamente por idea o doctrina, en tanto que conceptos fundamentales de esta metodología y que parten aguas frente a un énfasis más filosófico o más teórico. La tercera se refiere al papel del tiempo, la historia, y al contexto específico. La propuesta aquí es que las ideas trascienden el contexto específico de la obra para insertarse en un contexto más amplio, que es el de la tradición con la que se tiende un diálogo. Por último, los autores señalan tres posibilidades de encuadramiento del objeto: i. enfocado en un autor, tanto su obra como su recepción (p.e. los trabajos de Isaiah Berlin y Natalio Botana); ii. generales sobre autores que forman un paradigma epocal (p.e. la historia de teoría política de Sabine o la de filosofía política clásica de Borón); iii. sobre una idea problema en un enfoque temporal determinado (p.e. las obras de José Antonio Aguilar Rivera y Cecilia Abdo Ferez).

Octavio Majul aborda en el segundo capítulo la historia intelectual. Esta corriente, iniciada en 1960 por Skinner, Dunn y Pocock, hace foco en el contexto de discusiones políticas específicas en las que el texto se sitúa y con las cuales necesariamente interviene. Así, frente al textualismo de la historia de las ideas, y contra el contextualismo que elimina cualquier autonomía del texto, esta corriente estudia el lenguaje político que rodea al texto para intentar i. no generar un anacronismo respecto de lo efectivamente enunciado en un momento determinado; ii. comprender el aspecto ilocutivo. Majul nos señala que, a partir de Wittgenstein y Austin, esta escuela postula la comprensión en referencia a tres contextos: la dimensión semántica (significados disponibles en el lenguaje político de una época determinada y quién los utilizaba); la dimensión pragmática (cuál fue la intención de eso dicho, en términos políticos discursivos y de un público determinado) y la dimensión retórica o ilocutiva (cómo lo dice, p.e. irónicamente). Reconstruir este campo de batalla implica así el estudio no sólo de los grandes autores sino también de otros materiales que circulaban en ese momento. Luego de desarrollar la paradigmática obra de Laslett sobre Locke y Hobbes, el autor nos expone que es posible distinguir dos usos de la historia intelectual. La primera le da más importancia a la obra y sus intenciones ilocutivos. La segunda, va a echar luz sobre los efectos perlocutivos de ella, es decir en cómo se reapropian los discursos políticos de

los textos en los diversos contextos lingüísticos. Por último, el autor realiza un recorrido por la historia de esta escuela en Argentina, pasando por la fundamental Universidad Nacional de Quilmes y el programa allí dirigido por Oscar Terán, llegando a su actualidad ya extendida a nivel nacional.

El tercer capítulo, escrito por Germán Rodrigo Aguirre y Sabrina Morán, se ocupa de la historia conceptual. Esta corriente, iniciada en la década del '50 por Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, también se sitúa frente a la historia de las ideas, pero a partir de una topología entre conceptos e historia. Si la historia constituye los conceptos, éstos últimos operan como índice y factores de cambio de ella, habidas cuentas de que siempre hay un plano extralingüístico, un resto no simbolizable (brecha que posibilita explicar el cambio histórico y el cambio conceptual). Así, la postulación de interpretar los conceptos implica el estatuto de plurivocidad de significados y de temporalidades que portan. Para ganar claridad sobre la historicidad de los conceptos, resulta necesario dejar de lado el postulado de continuidad esencialista para abrir paso a un abordaje que sea a su vez diacrónico y sincrónico. Es decir, esta plurivocidad sincrónica resulta de la sedimentación de significados, y está a su vez fundamentada en la pluralidad diacrónica de estratos temporales que allí se expresan. Los autores distinguen analíticamente entre los diversos momentos de la investigación: 1. histórico-crítico (sincrónico); 2. histórico-conceptual (diacrónico); 3. articulación de ambos en el presente. De esta manera, se habilita la captación de la simultaneidad de lo no simultáneo en los conceptos y por tanto en la propia historia, rompiendo así con la relación lineal entre el pasado, el presente y el futuro. Por último, el capítulo presenta clásicos ejemplos de Brunner (1939) y Koselleck (1959), sus recepciones, derivas y adaptaciones en relación con otros abordajes teórico-políticos (Escuela de Cambridge, Escuela de Trento, Rosanvallon) y aplicaciones en Argentina como las realizadas por Julio Pinto y Gabriela Rodríguez Rial.

Nicolás Fraile y Ramiro Kiel revisan en el cuarto apartado la hermenéutica. La misma puede ser un método para la interpretación, esto es la escuela de Schleiermacher y Dilthey, que piensa en reglas en pos de garantizar una correcta comprensión de un discurso que nos es opaco; o en términos de comprensión previa, como es propuesto por Heidegger y Gadamer, lo cual implica colocar al comprender como un existencial inherente al ser en el mundo. La variante del siglo XIX entiende el arte de interpretar las grandes obras de la tradición y la cultura a partir de una serie de reglas que nos permiten acceder a vivencias psíquicas, revivir el acto que da origen a los textos permitiría garantizar una comprensión adecuada. Por otra parte, el giro ontológico llevado a cabo en el siglo XX por Heidegger postula que todo acto de entendimiento es ya un acto de interpretación. Gadamer retomará el principio de precomprensión y agrega la necesidad de pensar en sus condiciones, esto es, la historicidad propia de la lejanía del objeto histórico y los sentidos que el sujeto ya porta. Por tanto, los autores nos señalan que se deben tomar en cuenta tres precauciones metodológicas: la circularidad inherente a la hermenéutica; la necesidad de una honestidad intelectual, es decir asumir los prejuicios inherentes que portamos cuando nos enfrentamos al objeto histórico; y aceptar la distancia en el tiempo con el texto como ineludible y positiva tanto en pos de decir algo sobre otro tiempo como de echar luz sobre el presente. En último lugar, los autores presentan el desarrollo argentino de esta corriente, como la obra de Julio Pinto (1989), María José Rossi (2011), Miguel Ángel Rossi (2018), Ricardo Laleff Ilieff (2018) y Horacio González (2005).

Definitivamente la otra gran apuesta del libro es el capítulo cinco, "Comprensión del acontecimiento", desarrollado por Lucía Carello y María Cecilia Padilla. El mismo despliega una hipótesis metodológica de la mano de Hannah Arendt. Si bien señalan que no son las primeras en mencionarlo, claramente sí en nombrarlo como tal y aún más en colocarlo en este volumen, al lado de escuelas metodológicas ya consolidadas. En respuesta a las historiografías y ciencias sociales tradicionales, Arendt arremete contra el supuesto de historia causal y la pretensión de objetividad en las ciencias históricas y políticas. De esta manera, el fenómeno político como objeto de análisis hay que captarlo como un acontecimiento singular, incluida su cualidad afectiva constitutiva. Además, las autoras señalan tres influencias en la metodología arendtiana: Martin Heidegger y su giro ontológico hermenéutico (del cual recupera tanto la precomprensión como una comprensión verdadera a posteriori); Walter Benjamin y su postulado de historia discontinua y anacrónica (del que retoma la cita fragmentaria como modo de trabajo con el pasado); e Immanuel Kant y su noción de juicio así como la figura del espectador, a partir del cual despliega el doble movimiento de alejamiento del pasado (desinterés para poder juzgar un acontecimiento) y acercamiento al pasado (y el rol fundamental de la imaginación para la comprensión). De esta manera, comprender un acontecimiento singular implica i. dar cuenta de la falta de conceptos para abordarlo; ii. la cristalización que sucede allí, a partir de los elementos que contingentemente lo configuraron; iii. una narración que brinde coherencia pero que al ser fragmentaria no anule sus elementos. Estos tres puntos permiten, para las autoras, la posibilidad de realizar un estudio crítico del pasado "con nuevos ojos". Se pueden encontrar ejemplos de esta metodología en las obras de Simona Forti, Claudia Hilb o Martín Plot.

Daniela Losiggio y Luca Zaidan llevan adelante el apartado dedicado a la deconstrucción. Término originariamente acuñado por Derrida, es retomado por múltiples teorías, como el pensamiento posfundacional, las teorías poscoloniales, los estudios queer, entre otras. La misma debería entenderse más como una estrategia que como un método, y refiere a una táctica doble sobre el juego de oposiciones metafísicas, para exponer que el esquema binario y jerárquico presentado como natural en realidad está velando otros conceptos dejándolos por fuera. Así, la deconstrucción se sitúa como una dialéctica positiva que no resuelve, sino que

busca las huellas de lo ausente. De esta manera, para Derrida, no es una agencia ni una herramienta, sino que es del orden del acontecimiento, refiere a un movimiento propio que no responde a una decisión del individuo. Ahora bien, Losiggio y Zaidan señalan que el término ha sido reapropiado por diversas escuelas de pensamiento, otorgándole así un estatuto metodológico. En esta línea, en el paradigma posmarxista sobre la democracia radical y los populismos, autores como Laclau y Mouffe llevan a cabo explícitamente una estrategia de denuncia de la lógica dicotómica y muestran como conceptos y categorías de la política se vieron ya deconstruidos. En esta línea también se encuentran autores argentinos como Gerardo Aboy Carlés y Sebastián Barros. Otras líneas que llevan a cabo una estrategia deconstructiva y se recorren en el texto son el pensamiento político posfundacional, de la mano de Lefort, Nancy; Said y el pensamiento poscolonial; y claramente la línea de estudios feministas de la mano de Butler. En suma, se presenta la deconstrucción como el trabajo sobre oposiciones estables, jerárquicas, exclusivas de la alteridad y por tanto como una crítica a los contenidos metafísicos del pensamiento moderno.

En el séptimo apartado, “Arqueología y genealogía”, Sofía Colias y Emilse Toninello reponen la metodología foucaultiana. En esta línea, se encuentran dos niveles de análisis, el que refiere al extrañamiento con el objeto, la arqueología; y la reflexión sobre las condiciones de emergencia de nuevos proyectos y rupturas, esto es la genealogía. La arqueología implica arrancar enunciados de las unidades y continuidades para captar las regularidades y las rupturas de las formaciones discursivas, esto es poner el foco en sus singularidades y lo que posibilitaron históricamente. Para complementar este análisis histórico diacrónico, de carácter más descriptivo, se presenta a la genealogía como uno vertical que permite relevar los quiebres y las emergencias a partir de un rastreo que muestra cómo se fue produciendo lo que hoy son los poderes. Esto implica una mira en los fragmentos y materiales descartados por los discursos del saber científico. Ahora bien, señalan las autoras, la discontinuidad es tanto objeto como instrumento de la investigación, y la ruptura a producir para iniciar el trabajo arqueológico permite establecer las positividads, esto es las reglas de una práctica discursiva, sus condiciones históricas. Finalmente, es con la problematización que se entrecruzan los dos niveles y se permite una comprensión de la actualidad por su historización, captando a su vez las continuidades transformadas. Luego de abordar desarrollos de esta metodología como los de Agamben, Fabián Ludueña y Elías Palti, las autoras nos señalan tres posibles problemas y su refutación (relativismo, partisanismo y anacronismo).

Por último, la teoría crítica es trabajada por Alejandro Cantisani y Luciano Nosetto. Luego de hacer un recorrido por la historia del Institut für Sozialforschung y sus principales representantes, los autores nos presentan el programa tal como fue pensado por la primera generación de la Escuela de Frankfurt. La misma se erige contra la “teoría tradicional”, a partir de la crítica i- a la racionalidad instrumental y la subsecuente “antropogénesis regresiva”, para lo cual resulta necesario historizar el conocimiento social y ver el lado “oscuro”; ii- a la hiperespecialización de las disciplinas, proponen así integrar los diversos saberes críticos segregados; iii- al postulado de exterioridad entre sujeto y objeto, contra lo cual se formula la teoría como una actividad que contribuye a, y en su mismo acto, transforma lo social. Los autores exponen tres sospechas al momento de la investigación. En primer lugar, rehistorizar lo dado, es decir dudar de las temporalidades explícitas y la relación entre pasado y presente que proponen. En segundo lugar, trascender las disciplinas especializadas en pos de una interdisciplinariedad. Y, en tercer lugar, descifrar las contradicciones del orden social que se presenta como coherente. Finalmente, los autores exponen ejemplos de la teoría crítica en Argentina, como fue la Revista Sur en los años sesenta o Pensamiento de los confines en los noventa, además de las obras de pensadores como Eduardo Grüner, Silvia Schwarzböck o Gisela Catanzaro.

Ludmila Fuks
IIGG - Universidad de Buenos Aires/ CONICET
ludfuks@gmail.com